



Ideas y Valores

ISSN: 0120-0062

revideva_fchbog@unal.edu.co

Universidad Nacional de Colombia

Colombia

Galeno, Claudio

El mejor médico es también filósofo (Traducción de Grupo Glaux Philologica

Ideas y Valores, núm. 126, diciembre, 2004, pp. 75-84

Universidad Nacional de Colombia

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=80912605>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Lecturas Ejemplares

EL MEJOR MÉDICO ES TAMBIÉN FILÓSOFO¹

CLAUDIO GALENO

En el año 129 d. C. nació en Pérgamo, la célebre ciudad de Asia Menor, Galeno. Gozó de una educación íntegra y envidiable. Desde un comienzo su padre se preocupó porque este aventajado niño recibiera una formación sólida en la lengua y la literatura griega. Su propio ejemplo condujo al pequeño Galeno por los caminos de la férrea moral estoica. La templanza, la prudencia, la moderación y la disciplina hicieron parte de la personalidad del padre y estas cualidades fueron, a su vez, acogidas con el mayor agrado por el hijo. Se preocupó el padre por educar un ciudadano íntegro que respetara y apoyara las instituciones sociales que tanto enorgullecían a los griegos. Se preocupó también por hacer de él un hombre con mentalidad científica y, en esa medida, le inculcó el gusto por ciencias como la geometría, la aritmética y la astronomía. No descuidó tampoco su formación en la que consideraban él y su padre la más noble de las actividades intelectuales desarrolladas por los griegos, la filosofía. Fue Galeno un profundo admirador de Platón y Aristóteles y, muy seguramente, un notable conocedor de la filosofía presocrática. Acostumbraba a sostener candentes discusiones con algunos de sus contemporáneos acerca de los problemas más debatidos en la filosofía de la naturaleza. Su educación estuvo también marcada por el inicio de sus estudios de medicina hacia los dieciséis años. Pérgamo era uno de los principales centros de adoración a Esculapio, divinidad que presidía la medicina en la antigua Grecia. Según cuenta la tradición, el mismo Esculapio apareció en sueños al padre y le indicó el camino que el hijo debía seguir por el resto de su vida. Ni el dios ni el padre equivocaron su apreciación; el joven Galeno había nacido para contribuir de una forma decisiva al desarrollo de la ciencia médica.

En su formación científica Galeno recibió valiosas enseñanzas de distintas escuelas u orientaciones médicas. En Pérgamo tuvo

¹ Traducido y comentado por Glaux Philologica, grupo de traducción de textos clásicos griegos y latinos integrado por Jorge Enrique Beltrán, Juan Felipe González, Juan Sebastián Páramo, William Alcides Rodríguez y Oscar Orlando Vargas (estudiantes de Español, Filología Clásica y Lingüística, Universidad Nacional).

como maestros a célebres exponentes de las más importantes escuelas médicas de su tiempo, a saber, el dogmatismo, el empirismo y el pneumatismo. Al morir su padre, la herencia dejada por éste le permitió completar su formación en el área de la ciencia médica. Viajó a Esmirna, donde amplió sus conocimientos en semiología clínica, anatomía y fisiología; así mismo, ahondó en la lectura de Hipócrates. Luego pasó a Corinto en donde continuó sus estudios de anatomía. Sin embargo, fue en Alejandría, centro cultural y científico del Hellenismo, en donde consolidó su formación como médico. Cuando llegó a Roma, ganó un enorme prestigio, tanto así que se convirtió en el médico personal de Marco Aurelio y Cómodo. De esta manera se hizo miembro activo de la aristocracia romana. Tras un corto regreso a Pérgamo, trasladó parte de sus posesiones y su biblioteca personal a Roma. Allí murió, probablemente entre el 210 y el 216 d. C.

Muchas cosas debemos admirar de este hombre. Galeno fue un investigador incansable y, ante todo, fue conciente de la importancia que tiene cultivar el método y el rigor científico. Sus innumerables estudios de anatomía evidencian su talante. Este hombre no escatimaba esfuerzos por conocer la naturaleza del cuerpo humano. Admiramos también el hecho de que su formación filosófica fue decisiva en el desarrollo de su concepción acerca de lo que debería ser la medicina. El texto que ahora sometemos a consideración del lector presenta en buena medida esta concepción. Su título lo dice todo: El mejor médico también es filósofo (Ἐπιεικῆς ἰατροῦ καὶ φιλοσόφου).

El texto está constituido por cuatro capítulos; cada capítulo tiene una extensión de un párrafo. El primer capítulo se constituye en lo que en estudios de retórica se conoce como exordio. Allí se presentan el tema general del escrito y la problemática que motiva su elaboración. Esta problemática se puede resumir anotando que Galeno estaba preocupado por la deficiente formación de los médicos de su época. A su vez, el tema general de este breve escrito parece ser, tal como nos lo sugiere el mismo título del texto, la necesidad de que los médicos tengan una sólida formación en filosofía. El segundo y tercer capítulo desarrollan la argumentación a favor de esta idea. En el segundo capítulo se presentan tres consideraciones u opiniones fundamentales. La primera es que los médicos de la época de Galeno no han sabido valorar y aprovechar las enseñanzas de Hipócrates. La segunda es que las razones para que no hayan surgido, por aquel entonces, médicos de la talla de Hipócrates son, por una parte, la deficiente educación que reciben los hombres y, por otra, la falta de buena voluntad y de respeto hacia el ejercicio de la ciencia médica. La tercera idea fundamental que se presenta en este capítulo es que muchos médicos anteponen el deseo de lucro al compromiso de servir a las demás personas, llegando incluso a hacerse ricos, a pesar de tener una deficiente formación como hombres de ciencia. El tercer capítulo comienza afirmando que un buen médico despreciará a los grandes soberanos y buscará llevar

sus servicios a todos aquellos lugares donde más se necesiten. Esto sirve para introducir la idea de que todo buen médico debe conocer la geografía propia de los lugares en donde se encuentran sus pacientes. Por tanto, dado que esta labor implica un gran esfuerzo, un buen médico debe ser también un amante del trabajo (*filòponoj*). Así mismo, teniendo en cuenta que un hombre laborioso debe ser un hombre de comportamiento ejemplar e irreprochable, un médico debe practicar también la moderación (*swfrosúnh*). Además, el médico debe cultivar el método lógico que enseña, entre otras cosas, la clasificación de las enfermedades en géneros y especies, la composición de los diferentes órganos y tejidos del cuerpo y la naturaleza y función de cada uno de ellos. Todo esto implica que el médico sea un disciplinado investigador y que confronte, mediante la práctica (*ἔσκησις*), todos aquellos conocimientos que adquiere en su formación teórica. Así, pues, el médico que ejerce su ciencia considerando estos preceptos poseerá todas las cualidades de un filósofo (*filòsofoj*). Estas cualidades son: lo lógico (*τὸ λογικὸν*), lo físico (*τὸ φυσικὸν*) y lo ético (*τὸ ἠθικὸν*). La conclusión necesaria de todo esto es que los médicos necesitan también de la filosofía para el ejercicio correcto de la medicina. El capítulo final corresponde a lo que en retórica se conoce como peroración. Ésta no es otra cosa que la síntesis y conclusión de la discusión. Allí se hace un recuento de las pruebas que ya se han presentado para justificar la opinión del autor y se concluye la discusión, pidiendo al lector que, si ya ha aceptado que un médico debe tener un espíritu moderado, debe conocer la naturaleza, utilidad y función de las diferentes partes del cuerpo y debe ejercitarse en la teoría científica, necesariamente tendrá que conceder que un buen médico es también un filósofo y no debe discutir por esta denominación, pues todas éstas son características o cualidades propias de aquel al que llamamos filósofo.

Como vemos, Galeno presenta explícitamente en el texto sus ideas acerca de la alta estima en que se debe tener la filosofía y la enorme importancia de una sólida formación en esta área del conocimiento. Sin embargo, hay muy seguramente una intención implícita del mismo autor por retomar en este texto algunos conceptos propios de la filosofía que son aplicados por él al estudio de la medicina. Tal es el caso de la noción de interpretación (*ἑρμηνεία*), cuya formulación teórica inicial en el campo de las ciencias es hecha dentro de las doctrinas filosóficas de Platón y Aristóteles. Sin duda, la aplicación de este concepto al campo de la medicina no puede ser obra de otra persona diferente de Galeno. Así mismo, resulta interesante la alusión al concepto de homeomerías (*ἁμοιομερίαι*), cuya formulación le ha sido atribuida a Anaxágoras. Este concepto, según parece, conserva algo de su valor inicial en el ámbito de la filosofía de la naturaleza, pero ha sido enriquecido o modificado de una manera sustancial por Galeno.

Para la realización de este trabajo nos hemos valido de la edición crítica de este texto editada en Teubner². Debemos advertir que hemos decidido seguir aquí parte de las convenciones que se manejan en esta edición respecto a la indicación de posibles corrupciones en el texto restablecido. Así, señalamos entre corchetes aquellos lugares en los que, a consideración del editor, un copista pudo haber introducido un determinado fragmento que no hacía parte del texto original. A su vez, señalamos entre ángulos aquellos pasajes en los que el editor agrega algo que hace falta en el texto restablecido, pero que, según él, debería aparecer en el original. Esto lo hacemos para evitar introducir notas que traten acerca de la forma como se ha conservado este texto. Así, pues, sólo empleamos notas a pie de página para tratar asuntos relacionados directamente con el contenido del texto.

I. [K 53 / T 1]³ Así como a muchos atletas les va mal cuando desean vencer en las olimpiadas y se dedican a no hacer nada por conseguirlo, así también les ha pasado a muchos médicos. Ellos alaban a Hipócrates y lo consideran el mejor de todos, pero hacen todo menos intentar parecerse a él. En efecto, Hipócrates dice que a la medicina contribuyen en gran medida la astronomía y evidentemente la geometría que, por necesidad, es la guía de aquélla; pero ellos no sólo no se ocupan de ninguna [K 54] de estas dos ciencias, sino que censuran a los médicos que lo hacen. Por cierto, él considera conveniente conocer de manera detallada la naturaleza del cuerpo, ya que afirma que tal es el principio de todo estudio médico; pero ellos se interesan tanto en esto, que no conocen la esencia de cada una de las partes del cuerpo, ni su estructura, ni su forma, ni su tamaño, ni la relación que guarda con los órganos aledaños y, ni siquiera, su posición. Hipócrates, aconsejándonos hacer minuciosas observaciones, dice que, por no saber clasificar las enfermedades según sus géneros y especies [T 2], los médicos fallan en sus propósitos terapéuticos; pero los médicos distan tanto de realizar tal observación, que vituperan a los que lo hacen por considerar que es algo inútil. Así, Hipócrates⁴ afirma que es necesario que el médico tenga la precaución de conocer de antemano y de mencionarle

² Claudii Galeni Pergameni. (1891). *Scripta minora*, vol. II, rec. I. Marquardt, I. Mueller, G. Helmreich, Teubner, Leipzig.

³ Adoptamos la división en capítulos de los editores de Teubner. La indicamos en números romanos al comienzo de los mismos. Entre paréntesis cuadrados y en negrilla añadimos dos numeraciones de página. Una, antecedida por la letra K, remite a la edición estándar de la obra de Galeno: Kühn, C.G., *Opera omnia*, 20 vols. Leipzig, 1921-1833. El tratado que nos ocupa se encuentra en el primer volumen. La otra, antecedida por la letra T, corresponde a la paginación de la edición de Teubner en la que nos basamos.

⁴ Vid. Hipócrates. *Prognosticon*. En: Littré, É. (1840). *Oeuvres complètes d' Hippocrate*, vol. 2, I, 1-6. Baillièrre, París.

al enfermo los síntomas, sus antecedentes y sus consecuencias; pero ellos se ocupan a tal punto de esta parte de la medicina, que si uno predice una hemorragia o un sudor [K 55], ellos lo llaman hechicero o charlatán. <Además, ya que no soportan al que predice estas cosas,> difícilmente ellos podrían tolerar al que predice otras y, todavía menos, podrían establecer el régimen de vida contra la crisis de una futura enfermedad, aunque Hipócrates ordena que el médico tome estas decisiones. Finalmente, ¿entonces en qué lo imitan? No en la habilidad de interpretación.⁵ Él tiene éxito en esto, pero ellos no lo tienen en absoluto, hasta el punto de que es posible ver a muchos de ellos equivocarse dos veces en el uso de un mismo nombre, cosa difícil de entender.

II. Por eso, me pareció adecuado investigar cuál es la causa [T 3] por la que, aunque todos lo admiran, no leen sus tratados ni, aunque alguno los lea, los entiende o, aunque hubiera tenido éxito en esto último, en la práctica va en contra de la teoría queriendo, sin embargo, consolidarse como médico y alcanzar el éxito. Ahora bien, he encontrado que todo lo que resulta bien les sucede a los hombres gracias a la voluntad y la capacidad. Por necesidad, los que no tienen suerte en alguna [K 56] de las dos fallan en su propósito. Por ejemplo, observamos que, ya sea por ineptitud del cuerpo, ya sea por negligencia a la hora de ejercitarse, los atletas no alcanzan su propósito. ¿Qué duda hay de que ganaría muchos torneos aquel que tenga una contextura física ideal para la victoria y cuyas rutinas de ejercicio sean irreprochables? Así, pues, ¿acaso los médicos de ahora fallan en ambas cosas

⁵ Se ha convenido en que la palabra griega $\tilde{\rho}\mu\eta\nu\epsilon$...a sea traducida al latín por la palabra *interpretatio* y al español por la palabra *interpretación*. Hemos decidido mantener esta convención, intentando así recuperar algo del valor que tiene este término en el texto original. Este concepto parece tener un valor teórico muy relevante dentro de la doctrina de Galeno. No debemos dejar de mencionar que la formulación inicial de este concepto se hace en el ámbito de la filosofía y es Galeno quien se apropia de su valor teórico y lo aplica dentro de su propia doctrina médica. Al respecto, hay que decir que este término no aparece empleado por Hipócrates en ninguno de los textos escritos por este autor que se han conservado y han llegado hasta nosotros. Es decir, no hay antecedentes, al parecer, del empleo de este término en el ámbito de la medicina antes de Galeno. Hemos consultado, además de este, diez pasajes de Galeno (*De elementis ex Hippocrate libri ii*, vol. 1., p. 434; *De anatomicis administrationibus libri ix*, vol. 2, p. 220, 425 y 470; *De methodo medendi libri xiv*, vol. 10, p. 11, 45, 47, 141, 224 y 275) en los que él hace uso de este término. En general, podemos decir que en todos ellos se discute la pertinencia o conveniencia de designar un hecho o un objeto por medio de una determinada palabra. Al parecer, el término que se elija para designar una acción, un ser o un objeto debe estar, según Galeno, acorde con su naturaleza, función o características. Esto mismo ocurriría en este contexto, en donde Galeno muestra la conveniencia de llamar también “filósofo” al buen médico, dado que este último debe poseer todas las características o cualidades que son propias del filósofo. Un error de interpretación sería, pues, no aplicar una correcta denominación a un ser u objeto que, por su naturaleza, utilidad o características, así le corresponde.

por no tener capacidad ni voluntad suficientes para el ejercicio de la ciencia médica, o más bien poseen la una y carecen de la otra? No me parece lógico afirmar que hoy por hoy nadie nace con una capacidad espiritual suficiente para asumir una ciencia así de humanitaria, puesto que el cosmos ha sido el mismo antes y ahora, y no ha cambiado la división [T 3] del tiempo ni se ha alterado el periodo solar, ni tampoco las estrellas ni los planetas se han modificado. No obstante, es razonable que hoy nadie [K 57] nazca como Fidias entre los escultores, como Apeles entre los pintores o como Hipócrates entre los médicos, a causa de una educación tan miserable como la que los hombres de ahora reciben y a causa de que la riqueza se aprecia más que la virtud. A pesar de esto, para nosotros es una ventaja no pequeña haber nacido después de los antiguos y haber recibido las ciencias ya bastante desarrolladas por ellos. En efecto, era muy fácil que, por haber aprendido en pocos años lo descubierto por Hipócrates en mucho tiempo, uno utilizara lo que le queda de vida para el descubrimiento de lo restante. Pero no es posible que alguien aspire a tener éxito en esto, suponiendo que la riqueza es más honrosa que la virtud y habiendo aprendido la ciencia, no en beneficio de los hombres, sino por lucro. [En efecto, otros médicos llegarán primero a enriquecerse, antes que nosotros alcancemos una formación completa.] No es posible enriquecerse y, al mismo tiempo, cultivar una ciencia tan importante, sino que es necesario que el que se dedica vehementemente a lo uno desdeñe lo otro. ¿Acaso podemos decir que existe algún hombre actual [K 58 / T 5] que sólo aspire a tanto dinero cuanto sea necesario para satisfacer las necesidades básicas de su cuerpo? ¿Hay alguien que pueda simular no sólo con palabras, sino mostrar con hechos, que el límite de la riqueza según la ley de la naturaleza va hasta no pasar hambre, sed o frío?

III. Por cierto, si hay alguien así, despreciará a soberanos, como Artajerjes y Pérdico, y nunca permanecerá ligado a alguien, sino que curará al que padece una enfermedad cuando esté necesitado de la ciencia de Hipócrates. No considerará correcto estar siempre con el mismo paciente, sino que servirá a los necesitados en Cranón, en Tasos y en otros poblados. Dejará a Pólipo y a los demás discípulos con los ciudadanos de Cos y él mismo, errante, recorrerá toda la Hélade⁶ [pues es necesario que escriba acerca de las características naturales de cada región]. Así

⁶ Hipócrates, natural de la isla de Cos, tuvo como discípulo y sucesor más sobresaliente a Pólipo, quien estudió y procuró desarrollar las teorías de su maestro, algunas veces escribiendo obras propias y otras añadiéndoles información a las que éste había dejado escritas, bien con el ánimo de completarlas o bien con el de corregirlas. Esto es verificable en los libros de Galeno mismo, en los que éste, en varias ocasiones, se debate entre atribuirle a Pólipo o atribuirle a Hipócrates una determinada obra o una parte de ella. Existen aún libros, dentro del *Corpus Hippocraticum*, cuyo autor bien puede ser o el uno o el otro.

pues, para que contraste la teoría con su experiencia, es necesario que conozca presencialmente ciudades de todo tipo: la que está ubicada al norte, al sur, al oriente o al occidente; la que está ubicada en [K 59] una sima o en una cima; la que importa agua, la que disfruta de aguas extraídas de fuentes, aguas lluvias o aguas de lagunas y ríos; es necesario que no pase por alto si una ciudad goza de aguas muy frías o calientes, de aguas nitrosas, con sabor a alumbre o aguas [T 6] con sustancias de este estilo; es necesario que conozca una ciudad cercana a un gran río, a una laguna, a una montaña o al mar; finalmente, es necesario que conozca todas las demás cosas sobre las que Hipócrates nos instruyó. De modo que no sólo es necesario que, para ser un buen médico, desdeñe las riquezas, sino también que se vuelva en extremo laborioso. En verdad, es muy improbable que un borracho, un glotón, alguien dado a los placeres de Afrodita o, resumiendo, un esclavo del sexo y la gula sea laborioso. El verdadero médico, entonces, se reconocerá como amigo de la moderación y camarada de la verdad. Además, es forzoso que cultive un método científico para que conozca cuántas son todas las enfermedades [K 60] según sus especies y géneros, y cómo ha de tomarse cierta indicación curativa⁷ en cada una. Este mismo método también enseña la composición del cuerpo: la composición que se da a partir de los elementos primeros, que están completamente mezclados los unos con los otros; la composición que se da a partir de los elementos segundos, los perceptibles, que también son llamados homeomerías⁸ y, por último, la composición que se da a partir de los órganos. Gracias al método científico se aprende qué utilidad para el ser vivo tiene cada una de las cosas mencionadas y

⁷ Para Galeno la curación se basa en el principio de que la naturaleza ejerce en el enfermo un esfuerzo sanador y el médico interviene como un ayudante dentro del proceso de curación. Conforme a esto, el médico debe tener conocimientos de la naturaleza del paciente y, en su papel de auxiliar, debe contar con la guía apropiada (denominada *endeixij* "indicación") que le permita saber cómo proceder. No obstante, tal indicación varía según el paciente y las condiciones en que se presenta la enfermedad. Entonces el médico debe recurrir a la indicación particular según cada caso; ésta es la *endeixij qerapeutik* (indicación terapéutica), basada en cuatro principios: la naturaleza de la enfermedad, la naturaleza del órgano enfermo, la naturaleza del enfermo y las causas externas de la enfermedad. Por otro lado, la *endeixij „amftwn* (indicación curativa) se refiere a la manera como en general se debe tratar una enfermedad.

⁸ Según se encuentra en los libros de Galeno (*In Hippocratis de natura hominis librum commentarii* iii Vol.15, 5, 10, *De constitutione artis medicae ad Patrophilum* Vol.1, 231, 6, *In Platonis Timaeum commentarii fragmenta* (e cod. Scorial.) Frag. 3, 1), el cuerpo humano es concebido por él como uno de los cuerpos compuestos de la naturaleza, cuya constitución es el resultado de tres asociaciones (*sunqšseij*) diferentes: la primera es la que resulta de la síntesis de los cuerpos más simples que conforman todas las cosas de la naturaleza, los llamados (a partir de la tradición presocrática) "elementos" (*stoicea*): aire, fuego, tierra y agua. De la asociación de estos cuatro elementos, entonces, se forman los cuerpos que Galeno llama homeomerías (que son cuerpos perceptibles por oposición a los cuatro

qué aplicación, siendo preciso asegurarse de esto, no sin pruebas, sino mediante demostraciones. ¿Qué resta aún para que el médico que cultive correctamente la ciencia de Hipócrates sea filósofo? [T 7] Así si, para que pueda descubrir la naturaleza del cuerpo, las diferencias de las enfermedades y las indicaciones curativas, conviene que él se ejercite en la observación científica y si, para que pueda persistir laboriosamente en el ejercicio de estas cosas, conviene que cultive la moderación y rechace las riquezas, entonces el buen médico ha de poseer todas las partes de la filosofía: la lógica, [K 61] la física y la ética. No hay temor de que haga algo injusto si desdeña las riquezas y cultiva la moderación. Todo lo que los hombres llevan a cabo con injusticia, lo hacen obedeciendo a la avaricia o embrujados por el placer. De esta manera es necesario que él posea también las virtudes restantes, pues todas ellas se siguen unas a otras y el que posee una también posee todas las demás, puesto que unas acompañan a las otras como atadas de un solo hilo. Si la filosofía les es necesaria a los médicos para el aprendizaje desde el principio y su posterior práctica, es evidente que quien sea un verdadero médico es, sin duda, también filósofo. En efecto, creo que no precisan de ninguna demostración de que los médicos necesitan de la filosofía para el correcto ejercicio de su ciencia quienes han visto que los codiciosos son boticarios, no médicos y que ejercen la medicina para lo contrario de lo que fue concebida.

IV. Así pues, ¿acaso aún discutirás sobre los nombres [K 62 / T 8] y, riñendo, dirás neciamente que el médico es dueño de sí mismo, moderado, insobornable y justo, pero no filósofo, y también que conoce la naturaleza de los cuerpos, las funciones de los órganos, las utilidades de las partes, las diferencias de las discutir sobre los nombres conviniendo en los hechos? Si haces lo primero, demasiado tarde serás sensato. Es mejor que, siendo sensato ahora, no pelees con tus iguales, como un grajo y un cuervo, al respecto de sonidos, sino que atiendas a

simples que, a pesar de conformar la totalidad de las cosas que existen, no son perceptibles a primera vista en ellas). Los ejemplos de homeomerías que encontramos generalmente en Galeno son: el hueso, el ganglio, los ligamentos, el himen, la grasa, la carne, los nervios, el cabello, etc. Al asociarse las homeomerías se originan los cuerpos llamados orgánicos (segunda composición): la cabeza, los pulmones, los dedos, los ojos, la lengua, el cerebro, el riñón, el hígado, etc. Finalmente, de la asociación de los cuerpos orgánicos se genera el cuerpo humano completo.

Llama la atención el uso técnico que hace Galeno del término “homeomería” como cuerpo compuesto, ya que dentro de la tradición doxográfica el uso de dicho término se le ha atribuido siempre a Anaxágoras bajo el concepto de elementos simples y primeros. En todo caso, en varias de sus obras, Aristóteles menciona las homeomerías (cf. *De Caelo* 302a28 y 302b11, *De Corruptione et Generatione*. 314a19, 321b19 y 322a19 y otras) y, aparte de relacionar este término con la figura de Anaxágoras, presenta unos ejemplos muy similares a los de Galeno: el hueso, la carne, la grasa, la piedra, la madera, etc.

la verdad de los hechos mismos. No podrías decir que un tejedor o un zapatero no llegaría a ser bueno sin aprender ni ejercitarse y que un médico se mostrará súbitamente prudente, metódico o muy hábil sin haber tenido maestros o haberse ejercitado. Si decir esto es indecoroso y, por lo demás, no propio del que discute sobre los hechos sino sobre los nombres, es evidente que debemos ser filósofos [K 63], si es que somos verdaderamente emuladores de Hipócrates y, si eventualmente lo somos, nada impide que nos volvamos no semejantes, sino mejores que él, al aprender todo cuanto él hermosamente escribió y al descubrir lo restante.

DIÁNOIA

VOLUMEN XLIX · NÚMERO 53 · NOVIEMBRE 2004

Artículos

Gustavo Pereira

Justicia distributiva: medios y capacidades

Gustavo Ortiz-Millán

Los enemigos y los efectos racionales del odio. Variaciones sobre temas de Plutarco

Oscar Martiarena

Del sentido de la genealogía

Luis César Santiesteban Baca

La ética del “otro comienzo” de Martin Heidegger

Patricia King

La noción de “variación ciega” en el ámbito del cambio científico: una defensa

Discusiones y notas

Samuel Arriarán Cuellar

Una alternativa socialista al ethos barroco de Bolívar Echeverría

Bolívar Echeverría

¿Un socialismo barroco?

Reseñas

Vicente Sanfélix, *Mente y conocimiento* [Carlos Pereda]

Cristina Sánchez Muñoz, *Hannah Arendt. El espacio público* [María Teresa Muñoz Sánchez]

Luis Enrique de Santiago Guervós, *Arte y poder* [Paulina Rivero Weber]

Pierre Bayle, *Diccionario histórico y crítico* [Carmen Silva]